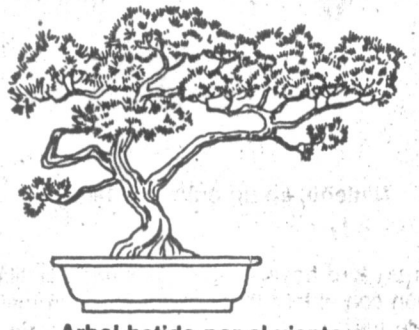
Fundación Felipe González

El bonsai: un lujo oriental que comienza a popularizarse en España

Sus elevados precios, acordes con su dificultad de cultivo

Madrid. J. A.

Antiguo y oneroso pasatiempo de la nobleza oriental, el bonsai, o arte de obtención de árboles enanos, se pone de moda en nuestro país. A pesar de que exige tiempo, cuidados, sensibilidad y dinero. En unos grandes almacenes de Madrid los ejemplares se venden estos días entre 15.000 y 50.000 pesetas, mientras que en las floristerías y «garden centers» especializados su precio no baja de 100.000 pesetas. El pasado mes de mayo, uno de estos conjuntos se vendía en Japón por el equivalente a 96 millones de pesetas.



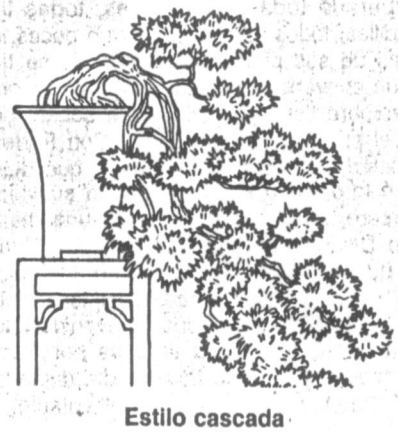
Arbol batido por el viento



Estilo bosquecillo



Estilo sobre rocas



Estilo cascada

Prueba del interés suscitado en nuestro país por esta difícil técnica de jardinería es la celebración anual de Exposiciones de Bonsai organizadas por el Club Bonsai de Madrid. En la última, celebrada en abril en el Jardín Botánico, pudieron admirarse más de un centenar de estas caras y originales miniaturas vivas.

El arte de cultivar el bonsai (palabra nipona que significa «árbol en bandeja»), se remonta a la China de hace más de un milenio. A partir del siglo XIV monjes budistas llevaron el bonsai a Japón como un objeto religioso. La filosofía tradicional Zen los califica de «auténticas escaleras del arte hacia el cielo.» En Japón el cultivo de los árboles enanos alcanzaría unas cotas de perfección absolutamente extraordinarias.

En sus comienzos, el arte del bonsai estuvo reservado a la nobleza, única que disponía de tiempo, refinamiento y recursos ilimitados para este absorbente pasatiempo. No llegaría a extenderse entre la población nipona hasta finales del pasado siglo, coincidiendo con el declive de la cultura samurai. En Europa los primeros bonsais se exponen en la Exposición Universal de París, en 1878, y en la de Londres de 1909. Sin embargo, habría que esperar hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial para que su cultivo se popularizara en los Estados Unidos y de allí pasara al resto de Occidente.

Todavía, la posesión de un bonsai se asocia en muchos países con los privilegios de las clases más opulentas. Son famosos los bonsais de la Reina de Inglaterra, algunos de los cuales pueden admirarse en el palacio de Windsor. Es conocida también la afición a este pasatiempo del presidente del Gobierno español, Felipe González, que cultiva ejemplares en el palacio de la Moncloa. El pasado mes de mayo, un hotel de la ciudad japonesa de Atami adquiririó una composición de bonsais para ornato de su jardín en la fabulosa suma de 100 millones de yens, equivalentes a unos 96 millones de pesetas.

Obras de arte vivas

Aunténtica obra de arte, un árbol bonsai es genéticamente igual a su hermano de la montaña: da hojas, flores y frutos, pero se mantiene pequeño gracias a meticulosos cuidados que acentúan la sensibilidad de su creador y que constituyen un remanso de tranquilidad, muy acorde con el espíritu oriental.

Las plantas bonsai son árboles y arbustos rústicos perennifolios o caducifolios. Partiendo de especies normales, el artista somete a cada planta desde su nacimiento a un tratamiento que controla fundamentalmente la nutrición para que no supere el nivel de crecimiento deseado. Al mismo tiempo, poda y orienta cada uno de los troncos y las ramas, e incluso atrofia las raíces, «esculpiendo» el árbol de modo que su porte definitivo sea similar al de los más bellos ejemplares creados por la naturaleza.

- **Un antiguo pasatiempo de la nobleza que exige tiempo, cuidados, refinamiento... y dinero.**

Los árboles enanos suelen obtenerse plantando semillas en pequeños recipientes con tierras pobres en sales minerales; con injertos en variedades enanas de crecimiento lento o, según la técnica más difundida en China, cortando un anillo de corteza en alguna rama portadora de frutos y cubriendo la parte descortezada con arcilla húmeda. En este último caso, al prender las raíces, se corta la rama y se planta en tierra pobre.

Los árboles bonsai suelen tener en su estado natural raíces profundas que hay que cortar para trasplantarlos a los recipientes de poco fondo. La operación se debe efectuar con sumo cuidado: el mérito del bonsai consiste en mantener la planta viva y próspera en tan precarias condiciones.

Los aficionados al bonsai pueden experimentar gran satisfacción al tomar un árbol o arbusto joven de un vivero o del campo —o cultivarlo a partir de una semilla o esqueje— y convertirlo en bonsai, especialmente con especies que nunca se hayan usado para ese fin. La mayoría de las especies pueden transformarse en bonsais, con excepción de las que crecen con excesivo vigor o las que tienen hojas, flores o frutos demasiado grandes para poder miniaturizarlos.

Medidas tradicionales

Las medidas de los bonsais responden a normas tradicionales y varían desde los cinco a los 150 centímetros de altura. La altura de un árbol bonsai debe ser seis veces el diámetro de la base del tronco, y este diámetro debe ser igual a la profundidad de la maceta. La longitud de un recipiente rectangular debe equivaler aproximadamente a dos tercios de la altura del árbol. En contraste con sus diminutas dimensiones, los bonsais alcanzan una longevidad extraordinaria, que en algunos casos llega hasta los ochocientos años. Todo ello justifica el elevado precio de estos ejemplares, sobre todos los centenarios.

Los estilos más frecuentes son el de balsa, bosquecillo y sobre rocas. El primero es el más sencillo, consistente en un grupo de árboles que surgen de un mismo tronco. El bosquecillo sugiere una pequeña arboleda vista desde lejos. La plantación sobre rocas es el más difícil de los estilos bonsai porque exige cerca de diez años de trabajo. Existen varias maneras para lograrlo: la más sencilla consiste en buscar una roca con una concavidad de buen tamaño que pueda hacer las veces de maceta; llenar la oquedad con tierra y plantar allí el árbol.

La posición del árbol bonsai dependerá de la forma del recipiente y del estilo que se desee otorgarle. Por razones estéticas el árbol deberá colocarse a un tercio de la longitud de un recipiente rectangular u ovalado.